

calzones ó paños de honestidad por ser chicos, se esconden y ya no se descubren delante de otros, y mucho menos delante del padre. Todo lo expresado de los naturales de este puerto y sus cercanías se halla en los demás de las otras misiones con poca diferencia, no obstante de ser distintos idiomas.

CAPITULO XLVI.

FUNDACION DE LA MISION DE LA MADRE SANTA CLARA.

La carta que recibió por el mes de setiembre de 76 en San Diego el comandante don Fernando Rivera del excelentísimo señor virey, que daba ya por fundadas estas dos misiones del puerto de San Francisco nuestro padre, siendo así que no solo no había dado paso á ello, sino que tenía consigo los doce soldados pertenecientes á ellas, teniendo mucho cuidado, y para salir se puso en camino con dicha tropa para verificar dichas fundaciones; y llegado á Monterey tuvo la noticia de estar ya fundada esta de nuestro padre San Francisco; y para dar mano á la segunda vino á hacer el registro con el padre fray Tomás de la Peña, uno de los ministros señalados; y llegando á unos grandes llanos nombrados de San Bernardino, caminaron por ellos hasta llegar al remate del brazo de mar del puerto de San Francisco, que corre al Sueste.

Hallaron en un río con mucha agua, que tiene su nacimiento como tres leguas del remate del grande estero ó brazo de mar dicho del Sueste, en el que vacía dicho río; y por las cercanías encontraron varios ojos de agua corriente, que podían servir para beneficiar las muchas y buenas tierras de dicho llano, todas pobladas de rancherías de gentiles y de muchos y grandes robles. Pareció, así al comandante Rivera como al padre Peña, el sitio muy al propósito para una grande mision; con ese gusto se vinieron para esta de nuestro padre, en donde llegaron el 26 de noviembre, y convenidos en que en dicho sitio se pondría la mision, se quedó el padre fray Tomás, y el comandante se fué á visitar el nuevo presidio de nuestro padre, que no había visto; y de allí el día 30 se volvió para el de Monterey, á fin de enviar la tropa, y que viniese con ella el padre fray José Murguía con los avíos, que estaban en la mision de San Carlos, pertenecientes á la nueva mision.

A últimos de diciembre llegó la tropa con sus familias, y salió el padre fray Tomás con el teniente comandante del presidio y demás gente para la fundacion el día 6 de enero de 77; y habiendo llegado al registrado paraje, que dista quince leguas rumbo al Sueste de esta mision, hicieron una cruz, que bendita y adorada enarbolaron, y bajo de enramada formaron el altar, dijo el padre Peña la misa primera el día 12 de

enero, y á pocos dias se le juntó su padre compañero, que llegó con los avíos de la mision.

En breve frecuentaron los gentiles á visitarlos y regalarlos. Lograron por mayo del dicho año los primeros bautismos, porque habiendo entrado una grande epidemia en los párvulos, lograron el bautismo muchos con el trabajo de ir los padres por las rancherías; con lo que consiguieron el enviar á muchos párvulos, que acabados de bautizar murieron, al cielo, como primicia, para que pidiesen á Dios por la conversion de sus parientes y conterráneos, de los que se van logrando muchos, gracias á Dios, pues vió el venerable padre presidente antes de morir ya bautizados en solo esta mision 669, continuando sin novedad en el catequismo y aumentándose el número de cristianos.

Esta mision logra casi el mejor sitio de todo lo conquistado, pues está fundada en los grandes llanos de San Bernardino, que tienen mas de treinta leguas de largo, y de ancho tres, cuatro y cinco; tiene buenas tierras para labores, y logran grandes cosechas de trigo y maíz, y toda especie de legumbres, no solo para que se mantengan los neófitos, sino para regalar á los gentiles para atraerlos al gremio de la santa Iglesia, como tambien para proveer á la tropa de los presidios á trueque de ropa para vestir á los neófitos. Logra abundancia de agua, no solo del río de Nuestra Señora de Guadalupe, que dista como un cuarto de legua de las casas de la mision, del que logran buenas truchas por el verano, que he visto pesar una cuatro libras, de la que comí, y me pareció ser trucha asalmonada, muy sabrosa. A mas de la abundancia de agua del río, tiene varios manantiales que corriendo por zanjas la conducen á las sementeras para regarlas: logran ya con abundancia de las frutas de España de cuantas se han sembrado, nacidos todos los frutales de los huesos y pepitas que se sembraron al principio, hasta de la uva.

Tiene aquel grande llano muchos manchones de arboledas de robles, que cargan de bellota, con que se mantienen los gentiles, ayudándose con las semillas del campo, como queda dicho de los de San Francisco nuestro padre. Logran asimismo la avellana, que bajan de la sierra del Poniente, como tres leguas de la mision; pero carecen de la fresa y del marisco y almeja, por estar muy apartados de la playa, como tambien del pescado, no logrando mas que la trucha en el verano, y no con mucha abundancia. Los naturales son de la misma lengua que los del puerto de San Francisco, pues es muy poca la diferencia en los términos. Son de las mismas costumbres que los del puerto, del que dista esta mision como quince leguas, del de Monterey veintisiete, y del remate del brazo de mar ó estero grande como dos leguas: tiene al Poniente el mar Pacífico, como doce leguas de sierra, toda poblada de gentilidad, y en su costa, casi en frente de esta

mision; viene á caer la punta del Año Nuevo, que con la de Pinos forma la grande ensenada del puerto de Monterey.

Están los llanos de San Bernardino muy poblados de rancherías de gentiles, y muchos de ellos ocurren á esta mision de Santa Clara, así hombres como mujeres, principalmente en tiempo de cosechas, por lo mucho que comen y llevan para sus rancherías. En una de estas ocasiones repararon los padres ministros de esta mision que entre las mujeres gentiles, que siempre trabajaban separadas sin mezclarse con los hombres, había una que segun el traje que traía de tapada honestamente, y segun el adorno gentilico que cargaba, y en el modo de trabajar, sentarse, etc., era indicio de ser mujer; pero segun el aspecto de la cara, y sin pechos, teniendo bastante edad, y llamando esto la atencion, preguntaron los padres á algunos cristianos nuevos, y les dijeron que era hombre, que iba como mujer y siempre iba con ellas, y no con los hombres, y que no era bueno que anduviese así.

Juzgando los padres en ello alguna malicia, quisieron averiguarlo; valiéronse del cabo de la escolta, encargándole estuviere á la vista y tomase algun pretexto para llevarlo á la guardia; y si hallase ser hombre, le quitase todo el traje de mujer y lo dejase con el de los hombres gentiles, que es el que traía Adán en el paraíso antes de pecar: así lo practicó el cabo, y quitándole las nagüitas, quedó mas avergonzado que si hubiera sido mujer. Tuviéronle así tres dias en la guardia, haciéndole barrer la plazuela, dándole bien de comer; pero se mantuvo siempre muy triste, avergonzado, y después de haberle expresado que no estaba bueno el ir con aquel traje, y menos el meterse entre las mujeres, con quienes se presumia estaria pecando, le dieron su libertad y se marchó, y jamás se ha vuelto á ver en la mision, y por los neófitos se ha sabido está en las rancherías de los gentiles, como antes, en el traje de mujer, sin poder averiguar el fin, pues no se les pudo sacar otra cosa á los neófitos sino la expresion de que no estaba bueno.

Pero en la mision de San Antonio se pudo algo averiguar, pues avisando á los padres, que en una de las casas de los neófitos se habían metido dos gentiles, el uno con el traje natural de ellos y el otro con el traje de mujer, expresándolo con el nombre de Joya, que dicen llamarlos así en su lengua nativa, fué luego el padre misionero con el cabo y un soldado á la casa á ver lo que buscaban, y los hallaron en el acto de pecado nefando. Castigáronlos, aunque no con la pena merecida, y afeáronles el hecho tan enorme, y respondió el gentil que aquella Joya era su mujer, y habiéndoles reprendido, no se han vuelto á ver ni en la mision, ni en sus contornos, ni en las demás misiones se ha visto tan execrable gente. Solo en el tramo de la canal de Santa Bárbara se hallan muchas joyas, pues raro es el

pueblo donde no se ven dos ó tres; pero esperamos en Dios que así como se vaya poblando de misiones, se irá despoblando de tan maldita gente, y se desterrará tan abominable vicio, plantándose en aquella tierra la fe católica, y con ella todas las demás virtudes para mayor gloria de Dios y bien de aquellos pobres ignorantes.

CAPITULO XLVII.

VISITA EL VENERABLE PADRE JUNIPERO ESTAS MISIONES DEL NORTE, Y SE FUNDA UN PUEBLO DE ESPAÑOLES.

Queda dicho en el capítulo 43 cómo habiendo llegado á su mision de San Carlos por el mes de enero de 77 el venerable padre presidente, tuvo la alegre noticia de las fundaciones de estas dos misiones, las mas setentrionales del puerto de San Francisco nuestro padre, las que desde luego habría venido á visitar supuesto que no pudo asistir á su fundacion. Pero se le dilataron sus desobos con la noticia de que subía el señor gobernador don Felipe Neve á poner su residencia en el presidio de Monterey, á donde llegó el día 3 de febrero del dicho año de 77, por cuya razon y de tratar entre los dos los negocios de esta espiritual conquista y cotejar las órdenes que ambos tenían del excelentísimo señor virey para sus adelantamientos, se hubo de detener en la mision de San Carlos, interin dicho señor concluía la visita, como en efecto subió hasta el presidio de San Francisco á últimos de abril.

A vuelta de la dicha visita acordaron ambos lo importante que era la fundacion de tres misiones en la canal de Santa Bárbara para la reduccion de tanta gentilidad como la puebla, y para asegurar el giro de la comunicacion de los establecimientos del Norte con las del Sur, y así convenidos de acuerdo lo consultaron á su excelencia por junio de 77 con la fragata que condujo los víveres y memorias, y se regresó para San Blas.

Evacuadas estas precisas diligencias de oficio, sin olvidar las del ministerio apóstolico de catequizar y bautizar á los gentiles y educar á los neófitos, en que se empleaba el tiempo que residía en su mision, luego que se halló con hueco para salir á la visita, vino á la mision de Santa Clara, á donde llegó el día 28 de setiembre, y el siguiente día del príncipe y arcángel San Miguel cantó la misa y predicó; y habiendo permanecido y descansado el siguiente, siguió su camino para esta última mision de nuestro padre el día 1º de octubre, que siendo la jornada de quince leguas, la hizo en un dia con parte de la noche, por lo que llegó muy fatigado.

Celebró en esta mision el día de nuestro seráfico padre san Francisco, patron de la mision, presidio y puerto, cuya fiesta se hizo con la solemnidad posible: cantó su reverencia la misa, y predicó en ella con alegría de todos, así misio-

neros, que nos juntamos cuatro, como de la tropa de la mision y la del presidio que vino, la que no fué precisa para la guardia de él, y con mucho júbilo de los nuevos cristianos, que ya contábamos diez y siete, todos adultos.

Mantúvose en esta mision hasta el día 10 de dicho mes, en cuyo tiempo descansó de la caminata de cuarenta y dos leguas que dista Monterey; fué á ver el nuevo presidio y el puerto que jamás habia visto; y mirando que ya no se podia pasar adelante sin embarcacion, prorumpió con el gracias á Dios, que era muy frecuente en sus labios: *Ya nuestro padre san Francisco con la santa cruz de la procesion de misiones, llegó al último término del continente de la California, pues para pasar adelante es necesaria embarcacion.*

En esta nueva California habia cuando el venerable padre presidente hizo la primera visita á esta mision solo ocho misiones, y quedando grandes tramos entre una y otra, decia el fervoroso padre: "Esta procesion de misiones está muy trunca; es preciso que sea vistosa á Dios y á los hombres, que corra seguida; ya tengo pedida la fundacion de tres en el canal de Santa Bárbara: ayúdenme á pedir á Dios se consiga, y después trabajaremos para llenar los otros huecos." De modo que los fervorosos deseos del venerable prelado era de que se convirtiese toda la gentilidad que puebla las doscientas diez leguas de costa, que poblándose de misiones en proporcionadas distancias, cayesen todos en la red apostólica, si no en la de una mision, cayese en la otra, y con esto se aumentasen en gran manera los hijos de Dios y de la santa Iglesia. Con estos fervorosos y abrasados deseos salió de esta mision, pasó á la de Santa Clara, y descansando un par de dias, se retiró á su mision de San Carlos.

FUNDACION DE UN PUEBLO DE ESPAÑOLES TITULADO SAN JOSÉ DE GUADALUPE.

Para dar fomento y estabilidad á esta espiritual conquista, encargó el excelentísimo señor virey al nuevo gobernador D. Felipe Neve, que procurase poblar la tierra con algunos pueblos de gente española, que se ocupasen en el laborio de las tierras y crias de ganados y bestias, para que sirviesen de fomento para estas adquisiciones. Y teniendo presente dicho señor este superior encargo, habiendo visto cuando vino á la visita del real presidio de este puerto los grandes llanos en que está la mision de Santa Clara, la mucha tierra que se podia regar con la abundancia de agua del rio nombrado Nuestra Señora de Guadalupe; juntó á los pobladores que habian venido con la expedicion de Sonora, y agregándoles otros, les señaló sitio y repartió tierras para formar un pueblo titulado de San José de Guadalupe, señalándoles para la ubicacion arriba de la mision de Santa Clara, al otro lado del rio hácia el na-

cimiento de él, nombrado de Guadalupe, distante de las casas de la mision tres cuartos de legua.

En dicho sitio formaron los colonos su pueblo, dando principio á él los primeros dias de noviembre de 1777, á los que les han agregado otros vecinos, y todos gobernados por un alcalde de los mismos vecinos, subordinado al gobernador de la provincia, escoltados de tres soldados y un cabo, ocurriendo todos á oír misa á la mision. Se mantienen de las cosechas que logran de trigo, maíz y frijol, y con lo sobrante que venden para la tropa se visten, teniendo para el mismo fin crias de ganados mayor y menor, y de las yeguas para proveer la tropa de caballos, etc.

CAPITULO XLVIII.

RECIBE EL VENERABLE PADRE JUNIPERO LA FACULTAD APOSTÓLICA PARA CONFIRMAR; EJERCÍTALA EN SU MISION, Y SE EMBARCA PARA HACER LO MISMO EN LAS MISIONES DEL SUR.

Habiendo llegado el venerable padre presidente fray Junipero á la California con los quince compañeros el año de 68, como queda dicho en el capítulo 13, en cuanto tomó posesion de aquellas misiones, que administraban los padres de la Compañia de Jesús, enterado del estado de ellas, halló entre los papeles de dichos padres la facultad que les habia concedido nuestro santísimo Padre el Señor Benedicto XIV de poder confirmar, en atencion á la gran dificultad de pasar á la California algun ilustrísimo señor obispo. Considerando el venerable prelado que subsistia la misma dificultad, le entró el escrúpulo de que los neófitos se privasen de tanto bien, y así no quiso ser omiso en procurar la misma facultad; para lo que escribió al reverendo padre guardian, remitiéndole la bula del Sr. Benedicto, á fin de que por medio del reverendo padre prefecto de las misiones se pidiese á la silla apostólica la dicha facultad, representando los mismos motivos que representaron los padres jesuitas.

Quien ve que el reverendo padre Junipero solicita la facultad que es peculiar y ordinaria á los señores obispos, ¿no dirá ó juzgará que mucho mas anhelaria á la alta y honrosa dignidad episcopal? Pero estuvo tan lejos de apetecerla ni de deseársela, que antes bien su profunda humildad y fervorosos deseos de trabajar en la viña del Señor, le hizo arbitrar medios para huir de ella. Habiendo dado noticia á su reverencia después de la conquista y establecimiento de Monterey, que un palaciego ó cortesano de Madrid habia escrito al reverendo padre guardian de nuestro colegio, que lo era el que es hoy señor obispo del nuevo reino de Leon, el ilustrísimo señor Verger, de que al reverendo padre Junipero se le esperaba una grande honra; luego que supo esta noticia, receloso su reverencia de no perder delante de Dios el mérito de lo que habia trabajado para

estas espirituales conquistas, recibiendo el premio en el mundo por dicha honra que se le vaticinaba, hizo luego su reverencia propósito (no digo voto, aunque á esto me inclino, porque no se me explicó claramente) de no admitir empleo alguno mientras estuviera en su libertad que lo imposibilitase el vivir en el ministerio apostólico de misionero de infieles; y de derramar su sangre por su conversion, si fuera la voluntad de Dios.

No se contentó el humilde padre con solo esto, sino que procuró poner otros medios para impedir lo que se podia recelar, y fué que en cuanto tuvo dicho recelo, paró en escribir á quien podia alcanzarle tal honra y dignidad. Después del descubrimiento y poblaciones de los puertos de San Diego y Monterey, recibió una carta de Madrid de un personaje de aquella corte que jamás habia conocido ni oído nombrar, en la que le decia: *Que le constaba que su reverencia estaba muy ameritado para el rey y su real consejo; que viese si se le ofrecia alguna cosa, que estaba pronto para servirle; que se valiese de él, que seria su buen agente.* Leyó su reverencia la carta, y entendiéndolo á lo que se encaminaba, le respondió de modo que mas podia servirle de fiscal para el intento que no para agente.

De lo dicho se puede inferir si anhelaria el reverendo padre Junipero á la dignidad ó grande honra que le profetizaba el cortesano. Lo que si deseaba con vivas ansias, era la facultad de confirmar, no para sí, sino para alguno de los misioneros, para que andando por las misiones confirmara á los neófitos y no se privasen de tanto bien espiritual de los efectos de este santo sacramento.

Corrió la diligencia en la curia romana el reverendo padre prefecto, y se dignó la santidad de nuestro santísimo padre el señor Clemente XIV, de concederla el día 16 de julio de 1774 por el tiempo de diez años al reverendo padre prefecto de misiones, y á un religioso de cada uno de los cuatro colegios que nombrase el dicho padre prefecto. Comunicándole la misma facultad, obtuvo este breve apostólico el pase del real consejo de Madrid, y en Méjico el del excelentísimo señor virey y el real acuerdo, y llegado por estos pasos á manos del reverendo padre prefecto, nombró por lo que pertenecía á las misiones del colegio de San Fernando por patente de 17 de octubre de 1777, sellada y refrendada de su secretario, al padre fray Junipero Serra, presidente que era de estas misiones, y á su sucesor, la que recibió su reverencia á últimos de junio de 78.

En cuanto el venerable padre Junipero recibió la patente con la facultad apostólica para confirmar, enterado de las instrucciones de la sagrada congregacion para el uso de ella, no quiso tenerla ociosa, y así el día primero festivo que se siguió después del recibo de ella, que fué el día de los santos apóstoles san Pedro y san Pa-

blo, después de haber cantado la misa y hecho una fervorosa plática del santo sacramento de la confirmacion, dió principio en su mision de San Carlos, confirmando á los párvulos mientras iba preparando é instruyendo á los adultos, en cuyo ejercicio y en confirmar á los dispuestos, se empleó hasta el 25 de agosto hasta que se embarcó en la fragata que habia traído las memorias y viveres, y bajaba á San Diego con el fin de practicar lo mismo en aquella mision y demás del rumbo del Sur.

Llegó á San Diego el 15 de setiembre después de veintitres dias de navegacion, que la hicieron mas larga los vientos contrarios. Detúvose en la mision de San Diego hasta el 8 de octubre, en cuyo tiempo confirmó á los neófitos de ella y á los hijos de la tropa que carecian de este sacramento; y concluido en ella, se fué subiendo de mision en mision practicando lo mismo, y el 5 de enero de 1779 llegó á su mision de San Carlos cargado de méritos y de trabajos que para ello padeció en tan largo camino con el habitual accidente del pié, del que no sentia mejoría.

CAPITULO XLIX.

CONTINÚA CONFIRMANDO EN SU MISION: RECIBE LA NOTICIA DEL NUEVO SUPERIOR GOBIERNO: VIENE Á VISITAR Y Á CONFIRMAR EN ESTAS MISIONES DEL NORTE, EN DONDE RECIBIÓ LA NOTICIA DE LA MUERTE DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR VIREY BUCARELI.

El retiro á su mision de San Carlos, que al parecer le habia de servir de descanso, era para mas ejercitarse en el ministerio apostólico, pues luego se puso á la continua labor del catequismo de los gentiles, y ya instruidos, en bautizarlos y disponer á los neófitos para confirmarlos, en cuyos santos ejercicios se mantuvo mientras estaba en su mision, y siempre que se regresaba á ella, le parecia, por lo que veia en los demás, que él era el mas perezoso y tibio, pues solia decir: "Edificado vengo de lo que trabajan y he visto han trabajado en las demás misiones; aquí siempre nos quedamos atrás."

En este cotidiano ejercicio se hallaba el fervoroso padre cuando por junio de 79 por la fragata que llegó con los viveres y avios, recibió la noticia de haber segregado del gobierno del excelentísimo señor virey de la Nueva España, todas las provincias internas, contando entre ellas las Californias, y creado por su majestad un comandante y un capitan general como jefe de todas ellas, que lo era don Teodoro de Croix, cuya residencia habia de ser en la provincia de Sonora, á quien se habia de reunir, como que en él residia el superior gobierno de las internas provincias de la Nueva España.

Esta novedad tan impensada en estos nuevos establecimientos no dejó de contristar á su reve-

rencia (aunque siempre muy resignado á la voluntad de Dios, en quien tenia puesta su confianza). Consideraba que mientras el nuevo jefe tomaba asiento, ponía en corriente su comandancia y se imponía en tantos asuntos que de nuevo entraban á su cargo, podía retardar las providencias para estos nuevos establecimientos, y principalmente las fundaciones de la Canal, que el año anterior con acuerdo del señor gobernador habia pedido al excelentísimo señor virey; y no corriendo ya á su cargo era preciso hubiese demora. Pero el afecto grande que el excelentísimo señor Bucareli habia cobrado al venerable padre Junipero y la atención que le debían sus espirituales proyectos, no le dieron lugar á olvidarlos, sino que los recomendó al nuevo comandante, como lo expresa la carta que dicho señor comandante general antes de llegar á su destino escribió al venerable padre presidente, de la que es copia la siguiente.

COPIA DE LA CARTA DEL COMANDANTE GENERAL.

“Los informes de su excelencia y el contenido de las cartas que vuestra paternidad le dirige, me persuaden la actividad de su celo, su religiosidad y prudencia en el gobierno de esas misiones, y trato de los indios y solicitud de su verdadera felicidad. Yo en el día no puedo resolver en los auxilios que vuestra paternidad pide por los motivos que manifestó á ese gobernador; mas espero brevemente hallarme en estado de satisfacer su celo y de trabajar infatigable al bien de esos nuevos establecimientos, para cuyo logro confío contribuya vuestra paternidad no solo continuando su acertadísima conducta, sino ilustrándome con sus avisos y reflexiones.

“Vuestra paternidad hallará en mí cuanto pueda desear para la propagación de la fe y gloria de la religión, y le encargo que con todos los religiosos ruegue á Dios por la prosperidad y buen éxito de mis importantes comisiones, como yo le pido por la salud de vuestra paternidad y que en ella le guarde muchos años. Querétaro, 15 de agosto de 1775.—El caballero de Croix.—Muy reverendo padre presidente fray Junipero Serra.”

Esta carta que tardó algo á llegar á manos del venerable padre presidente mitigó algo la pena que tenia en su corazón. Consideraba la demora ya premeditada con la mutación de gobierno tan distante de Méjico, y en la capital de la comandancia no tener quien pudiese dar calor como lo tenia en Méjico con el colegio. Estas consideraciones le hacían avivar más las oraciones á Dios para que mirase esta causa como tan suya. Agrávesele el habitual accidente que no le dió lugar á venir á estas misiones del Norte á confirmar hasta octubre en el tiempo que estaban fondeadas en este puerto las dos fragatas que venían del re-

gistro de la costa de la altura de que hablé en el capítulo 33.

Deseaban los señores oficiales de dichas fragatas, así los capitanes como el comandante de la expedición (que todos lo habían tratado en Monterey), el ver á su reverencia; pero habiendo escrito que según se hallaba no juzgaba el poderse poner en camino, lo hicieron los señores enviando el comandante don Ignacio Arteaga á los dos capitanes, su segundo don Fernando Quirós y á don Juan Francisco de la Bodega y Cuadra, á fin únicamente de visitar á su reverencia, enviando al mismo tiempo uno de los cirujanos reales de la expedición para medicarlo. Logré la ocasión de acompañar á los señores deseoso de ver á mi amado padre lector. Llegamos el día 11 de octubre á la misión de Santa Clara, y en la misma hora y punto llegó también el venerable padre Junipero, que de repente se le puso el ponerse en camino para estas misiones á fin de hacer confirmaciones y de paso lograr ver á los señores de la expedición, atropellando con el accidente y poniendo toda la confianza en Dios; pero llegó tal que no se podía tener en pie, y no era para menos, pues anduvo en dos días el camino de veintisiete leguas; y cuando los señores y cirujanos vieron la hinchazón de la pierna y pié con la llaga, decían que solo de milagro podía andar; pero lo que es cierto que anduvo dicho camino y nos dejó á todos llenos de gozo y admiración por la casualidad de llegar á un mismo tiempo su reverencia que venía del Sur y nosotros del Norte, sin que precediese aviso ni de una parte ni de otra. Expusieron los señores con extraordinarias demostraciones el gusto que tenían de ver á su reverencia, haciéndole el cumplimiento de parte del señor comandante.

El día siguiente que trató el cirujano de aplicarle algún remedio, le dijo su reverencia: Mejor será que lo dejemos para cuando lleguemos á la misión de nuestro padre, no sea que se empeore y me imposibilite: así anduvo á pié como si tal accidente no tuviera, y lo que más admiró fué, el que luego que se puso á bautizar unos catecúmenos, para lo que convidó á los señores para padrinos, que quedaron admirados de que pudiese su reverencia estar en pié tanto como duró la función, que decían los capitanes que se habían cansado, aunque muy enternecidos de la devoción con que el reverendo padre hacía las santas ceremonias del bautismo de los adultos.

Nos mantuvimos dos días en la misión, y el día 14 salimos para esta de nuestro serafico padre, en que gastamos día y medio para andar las quince leguas, y así llegamos el día 15. Fué su llegada de extraordinaria alegría y gozo para toda la gente, así de mar como de tierra; dió las gracias al señor comandante de la fineza de haberle enviado á los señores, como también los parabienes de la felicidad de la expedición. “No sé, dijo su reverencia, con qué corresponder á tanta fineza.

CAPITULO L.

SUSCITA EL GOBERNADOR DE LA PROVINCIA DIFÍCULTADES SOBRE LA FACULTAD DE CONFIRMAR, Y CON RECURSO Á LA COMANDANCIA LO IMPIDE, Y SALE DECIDIDO Á FAVOR DE LA FACULTAD: VIENE Á CONFIRMAR Á ESTAS MISIONES DEL NORTE, Y DE VUELTA MUERE SU AMADO COMPAÑERO Y DISCÍPULO EL PADRE FRAY JUAN CRESPI.

No sin fundamento recelaba el venerable padre Junipero que podría hacer alguna falta para el bien de estos establecimientos aun la sombra del excelentísimo señor Bucareli, cuanto más su autoridad en el gobierno; pues en cuanto ya esta provincia no corría á su cargo, empezó á experimentar tales disposiciones, que no solo eran impeditivas á la extensión, sino destructivas de lo conquistado si se ponían en planta. Procuraba el venerable padre con su gran prudencia y paciencia al autor de dichas indisposiciones (que era el que gobernaba la provincia, que el excelentísimo señor Bucareli lo había enviado para dar fomento y calor á la espiritual conquista) cuantas razones le dictaba su mucha práctica y alto alcance, á fin de contener dichas disposiciones y providencias por las fatales consecuencias que de ellas se seguían á lo ya reducido y conquistado.

Pero las eficaces razones que le proponía, le hacían al parecer tan poca fuerza para convencerlo y contenerlo, que antes iba cada día ideando otras, sacando nuevos proyectos para impedir los adelantamientos de las misiones fundadas, que corrían con grande aumento en lo espiritual y temporal. Todos estos medios de que se valía el enemigo para mortificar á este fervoroso prelado, los sufría con mucha paciencia y grande paz interior, no obstante que le penetraban su corazón y le eran más sensibles que las penetrantes saetas que le pudiesen disparar los más bárbaros y feroces gentiles. Omitiendo muchos casos que en prueba de lo dicho podía referir, apuntaré solo uno, y esto solamente para hilar la historieta, y no se eche menos la visita del venerable padre presidente á las misiones, para confirmar el año de 80, atribuyéndoselo á omisión.

Suscitó dicho señor gobernador la dificultad si se podría usar de la facultad de confirmar, porque no tenía el pase del real patronato ó vicepatronato; y respondiéndole su reverencia que sí lo tenía, pues había pasado en Madrid por el real consejo, y en Méjico por su excelencia y real acuerdo, que ya hacía un año que usaba de ella, sin que le hubiese entrado hasta la presente tal escrúpulo. Dijole que le enseñase la patente y todos los instrumentos concernientes á la dicha facultad, y pidiéndole el pase, le respondió que el original quedaba en el archivo del reve-

“Corresponderé con confirmarle los muchos de la tripulación que no estarán confirmados, y así podrá dar la orden para que se preparen para ello.” Así lo hizo, y el día 21 de dicho octubre, después de la misa cantada, en la que hizo una fervorosa plática del santo sacramento de la confirmación, la administró así á los indios como á los españoles y gente de mar que no estaban confirmados; y continuó otros tres días en hacer confirmaciones para que no quedase persona alguna sin confirmar; y bautizó á doce gentiles, convidando á los señores oficiales para padrinos, que lo agradecieron mucho, é inmediatamente los confirmó, como también tuvo el gusto de confirmar los tres recién bautizados del puerto de Bucareli.

En solo este santo ejercicio pensaba su reverencia, olvidando totalmente su accidente; pero no se olvidaron los señores cirujanos, y queriendo ponerlo en cura se excusó, diciendo: que con lo que había descansado se sentía mejor; que el accidente sin duda como de tantos años necesitaria de larga cura, y como su detención era de pocos días, sería por demás el empezar la cura; que mejor sería el dejarla para el Médico divino.

A los nueve días de estar su reverencia en esta misión, llegó correo por tierra de la antigua California con la triste noticia de la muerte del excelentísimo señor virey Bucareli y de la publicación de la guerra con Inglaterra, que causó á todos gran tristeza, por haber perdido un tan celoso virey; y esta funesta noticia, junto con la publicación de la guerra, obligó á los señores á navegar cuanto antes para San Blas: así lo practicaron saliendo de este puerto el último día de octubre, quedando en esa misión el venerable padre presidente, para quien fué mayor la pena de la muerte de su grande bienhechor y protector para esta espiritual conquista el excelentísimo señor Bucareli, que aunque ya no corría esta provincia á cargo del vireinato, sino de la nueva comandancia general, consideraba que mucho podría valer su permanencia en el vireinato, á lo menos para contener los atrasos que pudieran ocurrir. Con esta pena, aunque siempre confiado en Dios, salió mi venerable padre presidente de esta misión el día 6 de noviembre, dejando confirmados á todos los neófitos, y pasó á practicar lo propio á la misión de Santa Clara, en la que se detuvo algunos días para confirmar así á los neófitos como á los de la tropa y vecinos del pueblo de San José de Guadalupe que no estaban confirmados, y con este mérito y algo aliviado de su accidente, se retiró á su misión de San Carlos.



riendo padre prefecto, que el instrumento necesario y suficiente era la patente firmada, sellada y refrendada por el secretario, y para que le constase tener el pase de su excelencia, y de consiguiente el del real consejo, que leyese aquella carta del excelentísimo señor Bucareli (que le puso en sus manos) en que le daba los parabienes, de que hubiese recibido la facultad de confirmar, y de los muchos que el año anterior había confirmado.

Dijole que esto no servía, porque las provincias internas ya no pertenecían al gobierno del vireinato, sino de la comandancia general. Pues señor, ahora ¿quién es el vice-patrono? Y respondiéndole que en todas las provincias el comandante general, y en estas Californias que lo era él, como gobernador. Pues señor, dijo el fervoroso prelado, si está todo en la tierra, es fácil de componerse: aquí tiene usted la patente con la facultad; suplico se ponga el pase para que estos pobres no se priven de tanto bien, pues no siendo la facultad mas que para diez años, van estos corriendo. A cuya propuesta (llevando adelante sus intentos) que el pase en donde lo había de poner era al pie del breve que había dado su santidad original, y al pie del pase original del consejo, y mientras no le entregase los originales, lo exhortaba no pasase á confirmar hasta que viniese respuesta de la comandancia á la consulta que tenía hecha.

Dejo á la consideracion de los que esto leyeren, la pena que causaria al fervoroso corazón del venerable padre, que conocía cuánto importaba en estos tan neófitos en la fe este santo sacramento; pero ofreciéndolo al Señor, suspendió el confirmar, no fuese que también lo privase de bautizar. No es de creer que dicho señor obrase de malicia, sino que como carecía de asesor, obraría según su alcance, que presumiría que así lo debería hacer. En vista de todo lo dicho, no solo suspendió la administracion de la confirmacion, sino que remitió al colegio la patente y facultad, escribiendo cuanto había pasado con dicho señor gobernador. En cuanto recibió el reverendo padre guardian las cartas, se presentó al nuevo virey pidiéndole testimonio del pase que se había dado al breve de su santidad, y remitiéndolo al comandante general, envió orden al señor gobernador que en manera alguna impidiese al reverendo padre presidente el confirmar, y que siempre y cuando su paternidad quisiese salir para las misiones le aprontase escolta. Con esto cesó esta borrasca, pero se siguieron otras, que no pararon los vientos contrarios hasta la muerte, para que el martirio que deseaba fuese inminente.

En todo el tiempo que tardó el venir la decision de la duda, que fué largo por la mucha distancia que hay de aquí á Méjico, de Méjico á Sonora y de Sonora á Monterey, no hizo confirmaciones ni salió de su mision, sino que en ella se ocupó en el ordinario ejercicio, consolándolo

el Señor con muchos gentiles que ocurrían de bien lejos pidiendo el sacro bautismo, en cuyo catequisma se ejercitaba, y después bautizolos, aumentando hijos á la santa Iglesia, á pesar del infierno.

Por el mes de setiembre de 81 que llegó la dicha decision, después de haber celebrado confirmaciones en su mision, salió á practicar lo propio en la de San Antonio, y se regresó á principios de octubre para celebrar la fiesta de nuestro santo padre en su mision de San Carlos. Pasada la fiesta determinó venir á confirmar en estas dos misiones del Norte, y se ofreció el venir con su reverencia su discípulo fray Juan Crespi, deseoso de ver este puerto ya poblado de cristianos, pues no lo había visto su reverencia sino poblado de gentiles el año 1769. Llegaron á esta mision el 26 de octubre, que fué para mí de extraordinaria alegría y gozo, pues vi en esta mision juntos á nuestro amado padre lector y maestro y á mi querido condiscípulo el padre fray Juan Crespi, que según poco después sucedió, parece que vino á decirme: adios hasta la eternidad. Mantuviéronse en esta mision hasta el 9 de noviembre, en que en dicho tiempo hizo el venerable padre presidente varios dias confirmaciones, dejando confirmados á todos los neófitos que desde la última visita se habían bautizado.

Salieron dicho dia de esta mision para la de Santa Clara, siendo para mí, y creo que también para sus reverencias, igual la pena á la despedida, habiendo sido igual la alegría en la llegada. Confirmó el reverendo padre presidente los neófitos de aquella mision, y se retiraron para su mision antes que creciesen los rios. A los pocos dias de llegados enfermó de muerte el padre Crespi, y conociendo que Dios lo llamaba para la eternidad, se dispuso y preparó con los santos sacramentos, y el dia 1º de enero de 1782 entregó su alma al Criador, á los sesenta años diez meses de su edad, habiendo trabajado los treinta años en misiones de infieles; esto es, los diez y seis en la mision de nuestro seráfico padre San Francisco del valle de Tilaco, de indios pames de la Sierra Gorda, en la que procuró imitar á su amado lector y maestro el venerable padre Junípero, trabajando así en lo espiritual como en lo temporal, bautizando muchos centenares de indios, educándolos así en los misterios de nuestra santa fe como en el trabajo temporal, á fin de civilizarlos y que tuviesen con que mantenerse y vestirse. Fabricó una grande iglesia de cal y canto con sus bóvedas y torre, y solicitó de cuenta del sínodo le enviasen de Méjico colaterales y santos para el adorno interior; todo lo que consiguió á medida de sus deseos; y dejando aquella mision de la Sierra Gorda en buen estado y ya en vísperas de entregar al ordinario, fué nombrado por el reverendo padre guardian y venerable discretorio del colegio para venir á estas Californias, y en cuanto recibió la carta del co-

legio, lleno de júbilo y alegría se puso en camino para el puerto de San Blas con otros cuatro compañeros, sin detenerse á pasar por el colegio á despedirse por no dar lugar la precision de estar cuanto antes en el puerto.

Lo restante de su vida, que fueron catorce años, los empleó en estas Californias, trabajando incesantemente, como queda dicho en esta historia, por los muchos viajes que hizo con las expediciones de tierra que quedan ya referidas; y si el curioso lector quisiera saber lo que trabajó y padeció á fin de que se lograra esta conquista, no tiene mas que leer los diarios que dicho padre escribió por los caminos en lugar de descansar en las paradas, como también en el que formó en la expedicion de mar para el registro de las costas de este mar Pacífico, que habiendo sido el primer registro de la costa hasta el grado 55 en un mar y costa no conocida, iban siempre en un continuo peligro de perderse dando en alguna isla, farallón ó piedras anegadas; pero de todos estos peligros lo libró Dios para que trabajase en esta su mística viña, ayudando á su venerable y ejemplar maestro, que desde la llegada á Monterey lo nombró por su compañero y conministro de la mision de San Carlos, en donde trabajó desde la fundacion hasta que murió, catequizando y bautizando innumerables gentiles, como queda dicho hablando de dicha mision. Con este cúmulo de méritos y ejercicio en las virtudes, en las que floreció desde niño que lo conoció, y estudiamos juntos desde las primeras letras hasta concluir la teología y moral, y siempre lo conocí muy ejemplar, que entre los condiscípulos era conocido con el nombre de Beato ó Místico, y de la misma manera continuó toda su vida con una candidez columbina y de una profundísima humildad, de modo que siendo corista estudiante, si alguna vez concebía el haber impudentado á alguno de los condiscípulos, iba á su celda y se le hincaba de rodillas pidiéndole perdón: siendo corto de memoria, que no podía decir de coro ó memoria las pláticas doctrinales en la misa los domingos y dias festivos, tomaba un libro, y después del Evangelio de la misa del pueblo, leía una de las pláticas doctrinales, con lo que instruía al pueblo y edificaba á todos con su humildad. Adornado de esta y de las demás virtudes y colmado de méritos por lo mucho que trabajó en la conversion de los gentiles, lo llamó Dios para darle el premio de sus afanes y fatigas apostólicas, y preparado con todos los sacramentos, que le ministró el venerable padre Junípero, y auxiliado por su reverencia, entregó su alma al Criador, y piamente creemos todos los que lo conocimos y tratamos, que iría en derecha á gozar de Dios. Dióle sepultura el venerable padre Junípero en el presbiterio al lado del evangelio en la iglesia de dicha mision de San Carlos, en compañía de otros dos padres misioneros, después de haberle hecho las debidas honras, á las

que asistieron el comandante del presidio con toda la tropa de él y de la mision, y de los neófitos de ella, cuyos llantos de éstos expresaron el amor que le tenían como á padre, y lo expresó también el venerable padre Junípero, pidiéndome poco antes de morir que le diese sepultura al lado de su amado discípulo y compañero el padre fray Juan Crespi, en que manifestó, no solo el amor que le profesaba, sino también el concepto grande en que lo tenía su inculpable vida y ejemplares virtudes.

No he querido omitir esta breve relacion del dicho padre fray Juan Crespi, no tanto por haber sido mi tan amado condiscípulo y compañero mas de cuarenta años, así en esa provincia como en el ministerio apostólico; como para que esa provincia su santa madre lo tenga presente para encomendarlo á Dios por si necesitase de sufragios para ir á recibir en el cielo el premio de sus apostólicos afanes.

CAPITULO LI.

ESTABLECIMIENTOS DE LA CANAL DE SANTA BÁRBARA: FUNDACION DE UN PUEBLO DE ESPAÑOLES Y DE LA MISION DE SAN BUENAVENTURA Y DEL PRESIDIO DE SANTA BÁRBARA: FUNESTO ACAECIMIENTO DEL RIO COLORADO.

Tan impresionado quedó el nuevo comandante general don Teodoro de Croix de la recomendacion del excelentísimo señor virey sobre la pretension del venerable padre Junípero para las fundaciones del canal de Santa Bárbara, que desde el camino y antes de llegar á su destino, envió orden al gobernador para que fuese á los Arizpes el capitán don Fernando Rivera, para comisionarlo á reclutar setenta y cinco soldados para la fundacion de un presidio y tres misiones en la dicha canal de Santa Bárbara, el presidio y una mision en el centro de la canal con el nombre de la santa, y las otras dos dedicadas á la Purísima Concepcion de María Santísima, y la de San Buenaventura en los dos extremos de la canal, dotada cada una de quince soldados, y los restantes para el presidio con sus correspondientes oficiales, é igualmente para reclutar familias de pobladores para fundar un pueblo titulado de Nuestra Señora de los Angeles en el rio nombrado de Porciúncula.

Al mismo tiempo encargó á los padres del colegio de la Santa Cruz de Querétaro, fundasen dos misiones en el rio Colorado, así para la conversion de aquellos gentiles como para asegurar el paso que se había descubierto, á fin de la comunicacion de aquellas provincias con esta, pero las dichas misiones con método totalmente diverso de estas; esto es, sin presidio, sino que en cada una de ellas había de haber ocho soldados y ocho vecinos pobladores casados y con familias,